

1. Un trabajo para ser feliz

Desde que había comenzado a trabajar, la mayor ilusión de Adrián había sido conseguir un empleo que le permitiera conocer a mucha gente. «Cada persona tiene una vida distinta, llena de historias que me encantaría descubrir —pensaba—. Historias tristes o alegres, pero siempre tan fascinantes como la mejor de las novelas.» Aunque, bien a su pesar, era consciente de que, por muchos años que viviera, solo podría compartir una parte muy pequeña de tantas vidas con las que se cruzaba cada día.

Vivía en una buhardilla, en la zona antigua de la ciudad. Durante el día, sobre todo en verano, el apartamento era demasiado caluroso y resultaba incómodo estar allí. Pero todo quedaba compensado por las noches, cuando se asomaba

a la gran ventana y contemplaba fascinado los miles de estrellas que brillaban en la oscuridad del cielo. Entonces se sentía feliz por estar en un planeta que ofrecía tales maravillas, y no acababa de entender cómo podía haber tantas personas que vivían abrumadas por la tristeza.

Adrián vivía solo, no había tenido mucha suerte con las chicas con las que había salido. De alguna de ellas se había enamorado locamente, pero todas lo acababan dejando a los pocos meses, quizá por lo que Irene, la última de la lista, había llamado «su falta de ambición». Porque Adrián comprendía la necesidad de ganar dinero, sin él la vida podía hacerse muy difícil; pero no deseaba tener un coche tan grande que no entrara en las plazas de aparcamiento, ni pasar las vacaciones en algún lujoso hotel en el otro extremo del mundo, ni marcharse de la pequeña buhardilla en la que se sentía tan a gusto. Le bastaba con ganar lo necesario para poder vivir sin agobios cada día.

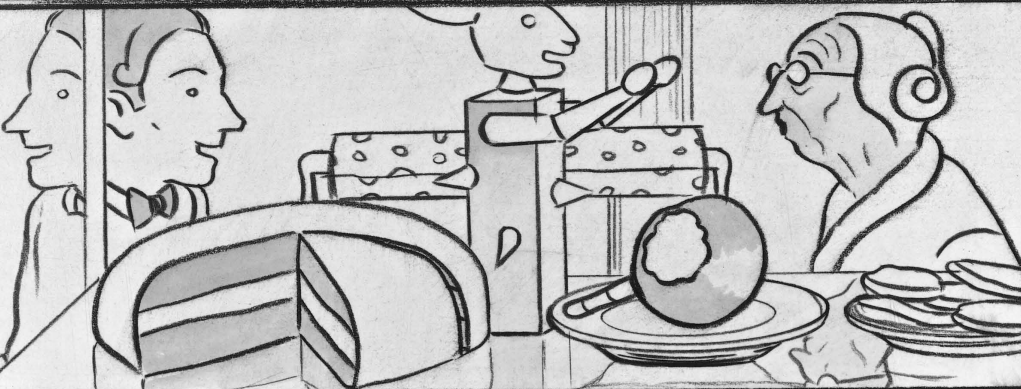
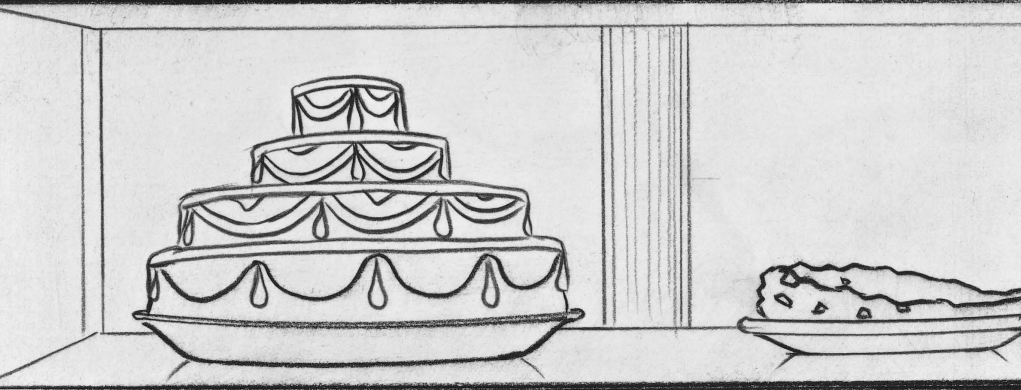
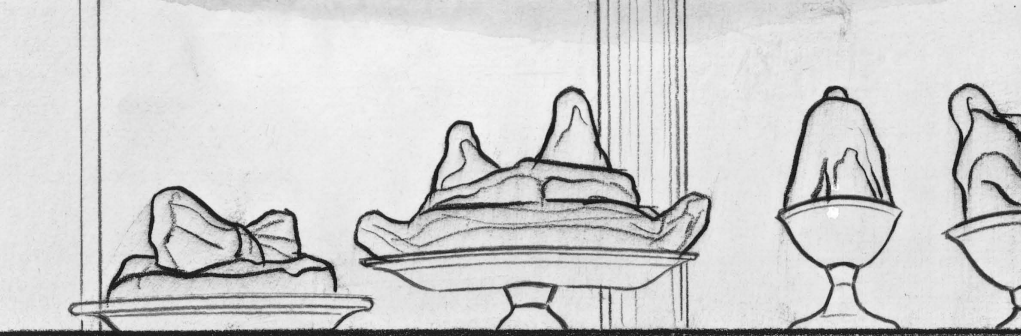
Había tenido ya muchos empleos, guiado siempre por el ideal que tanto ansiaba: un traba-

jo que le permitiera hablar con la gente y compartir con ella la felicidad de vivir. Durante un tiempo había intentado escribir relatos infantiles. No se le daba mal el arte de inventar historias, y en muchas ocasiones había comprobado la expresión de gozo de sus sobrinos cuando les contaba alguno de los cuentos que había escrito. Pero escribir resultó ser un oficio demasiado solitario, muy alejado de esos lectores que tanto deseaba tener. Se sentía como un náufrago en una isla desierta, lejos de la vida que tanto le gustaba. Además, se había cansado de visitar las editoriales ofreciendo sus cuentos, pues siempre los rechazaban con argumentos que él no acababa de entender: «Son tristes», «son absurdos», «son irreales», «excesivamente largos», «demasiado cortos»...

Después había hecho de payaso para animar fiestas infantiles. Tras comprar una furgoneta de segunda mano, la había decorado con los colores más alegres y había puesto publicidad en la prensa, donde se anunciaba con el nombre de «El Payaso Cuco». Al principio todo iba bien, pues tenía muchísimas llamadas, y casi siempre se

divertía tanto como las niñas y niños para los que actuaba. Incluso llegó a creer que aquél podría ser el trabajo de su vida. Pero había decidido abandonarlo tras una espeluznante fiesta de cumpleaños en la que acabó en el fondo de una piscina, atado de pies y manos por una marabunta de niños malcriados que habían decidido animar la fiesta jugando a secuestrar payasos. Horrible, horrible, todavía temblaba cuando recordaba aquel día, en el que había salvado la vida gracias a la intervención providencial de una gruesa criada cubana, la única persona de la casa a la que aquellos monstruos parecían tenerle algún respeto. «¡Que los diviertan sus padres, que para eso los trajeron a este mundo!», había concluido Adrián cuando decidió abandonar definitivamente un trabajo tan peligroso.

Semanas más tarde, por probar, aceptó un puesto de empleado en una confitería. Recordaba con entusiasmo el libro que más le había gustado de pequeño, *Charlie y la fábrica de chocolate*, y, además, sabía de las muchas virtudes del chocolate para hacer feliz a la gente. Despachar bom-



bones y chokolatinas y ver los ojos de alegría de tantas niñas y niños que pasarían por el local podía ser una experiencia muy agradable.

Pero estaba equivocado. En aquella tienda casi no entraban niños; solo personas mayores que encargaban cajas de bombones sin apenas mirarlos, con el mismo aire aburrido que si estuvieran comprando un frasco de champú.

Además, el dueño había colocado dos cámaras de vigilancia para evitar que los empleados probasen los bombones durante las horas de trabajo.

Cada día, Adrián tenía que reprimir las ganas de saborear alguna de aquellas delicias, extendidas de manera tentadora en las bandejas de los expositores: bombones rellenos de licor, de praliné, glaseados... Bombones de los que guardan una cereza confitada en su corazón, de crocante, de trufa, de guirlache... A las dos semanas, incapaz de soportar aquella tortura diaria, abandonó para siempre un empleo que había imaginado tan dulce, pero que había acabado resultándole muy amargo.

Adrián vio el cielo abierto algún tiempo después cuando, por casualidad, pasó por delante de una floristería. En la puerta había pegado un sencillo cartel, escrito a mano: «Se necesita empleada». Él no era una mujer, estaba claro; aun así, entró sin dudarle, con el presentimiento de que aquél podría ser el trabajo maravilloso que tanto tiempo llevaba buscando. Y no le costó mucho esfuerzo convencer a doña Lidia, la propietaria de la tienda, de que tenía ante ella al empleado ideal que necesitaba.

Aunque el salario que le ofreció era bajo, Adrián aceptó encantado. No solo estaría siempre rodeado de flores, que tenían la virtud de elevarle el ánimo, sino que, además, podría contribuir a hacer a la gente más feliz. ¿A quién no le gusta que le regalen un ramo de rosas? Era cierto que, a veces, los encargos iban destinados a algún entierro, pero eran mucho más frecuentes las ocasiones en que las flores eran mensajeras de felicidad.

Como era la primera vez que tenía un empleado universitario, doña Lidia dejó en manos de

Adrián todo lo referido a la redacción de las tarjetas con las que muchos clientes acompañaban los envíos. Un trabajo de lo más creativo, sí, porque él sabía enriquecer los textos con las frases adecuadas a cada caso. Le encantaba, en especial, redactar las tarjetas cada vez que intuía que una relación amorosa estaba a punto de comenzar.

Recordaba como su mayor éxito el caso de aquel hombre joven, tímido y nervioso que había entrado en la floristería y encargado el ramo más hermoso de todos cuantos tenían. Sin embargo, en la tarjeta había escrito un texto frío y gris, casi telegráfico:

*«Feliz cumpleaños, Ana.
Un saludo de Ramón.»*

Cuando el hombre se marchó, Adrián no lo dudó ni un segundo. Un ramo como aquél, y la mirada ilusionada que había observado en el cliente, lo impulsaron a sustituir aquella tarjeta rutinaria y aburrida por otra con un texto más cálido:

«Querida Ana: cada día que pasa crece en mí el deseo de verte. Sería maravilloso poder estar contigo en una fecha tan importante para ti. Recibe mi abrazo más cariñoso. Ramón.»

El hombre había regresado a los pocos días para darle las gracias, emocionado por los acontecimientos provocados por el envío, pues aquella Ana, tras recibir las flores y leer la tarjeta, decidió dejarse llevar por el corazón y embarcar en el primer avión que salía de Barcelona para pasar el fin de semana con su tímido enamorado, unos días maravillosos durante los cuales se habían jurado amor eterno.

Adrián se sentía exultante; aquel empleo le ofrecía las oportunidades con las que siempre había soñado. Pero el destino parecía empeñado en que la fortuna le fuera esquiva. A las pocas semanas de trabajar en la floristería, comenzó a tener repentinas erupciones en la piel, que se le llenó de diminutos granos rojos por la mayor parte del cuerpo. Y por si fuera poco, un catarro

persistente le provocaba un molesto moqueo durante todo el día, algo que le resultaba muy desagradable, especialmente si tenía que atender a los clientes. Fue al médico, le hicieron pruebas y análisis y el diagnóstico fue concluyente: tenía alergia al polen, una enfermedad que hacía imposible continuar su trabajo en la floristería.

Tras aquella oportunidad perdida, Adrián todavía tuvo otros empleos: vendedor de enciclopedias a domicilio, taxista nocturno, profesor en una academia de inglés, saxofonista en una orquesta... Pero de todos acabó cansado e insatisfecho. Estaban bien para ganarse la vida, pero ninguno le había proporcionado la oportunidad que tanto ansiaba: la de hacer más feliz a la gente anónima con la que se cruzaba cada día.

